

Una recepción teológica de la *Spe salvi*

MARTÍN GELABERT BALLESTER, O.P.

Facultad de Teología San Vicente Ferrer (España)

mgelabert@dominicos.es

Resumen

El artículo hace una presentación general de la última encíclica del Papa Benedicto XVI. En sentido estricto, no se trata de un resumen de la encíclica, sino de una recepción teológica del texto papal; ese es el motivo de las observaciones con las que concluye el artículo, que son manifestación de una recepción atenta y activa de quien se deja interpelar por un texto, prestando atención a sus límites y valores.

Palabras clave: esperanza, fe, vida eterna, justicia de Dios.

Abstract

This paper makes a general overview of the last Benedict XVI's encyclical. Sensu stricto, this contribution is not about a summary of the encyclical, but a theological comprehension of the papal text; that's the principal reason of the final comments of this article. This analysis is a demonstration of carefully and active comprehension done by an asked reader who pays attention to his limits and values.

Key words: Hope, faith, eternal life, God's justice.

Doctor en Teología por la Universidad de Friburgo (Suiza). Catedrático en la Facultad de Teología San Vicente Ferrer de Valencia (España). Entre sus numerosas publicaciones cabe mencionar *Para encontrar a Dios. Vida teológica* (2002), *Jesús, revelación del misterio del hombre. Ensayo de antropología teológica* (2002³), *La Gracia. Gratis et amore* (2002) y *Vivir en el amor. Amar y ser amado* (2005).

Recibido: 11/Diciembre/2007 - Aceptado: 30/Enero/2008

La encíclica *Spe salvi* de Benedicto XVI es una reflexión teológica sobre la esperanza cristiana, de la que pueden extraerse buenas aplicaciones pastorales y catequéticas. El texto requiere una lectura reposada. Lo entenderán mejor quienes tengan una mínima formación teológica, pues se trata de un texto elaborado por un profesor universitario, un maestro que deja su impronta teológica en su escrito. Hay que agradecer a Benedicto XVI este estilo suyo que se dirige a cristianos adultos y no a niños en la fe. Esta es una característica positiva de su magisterio.

Se trata de un texto que refleja muy bien el pensamiento de Joseph Ratzinger (si es que esta distinción entre Benedicto XVI y Ratzinger tiene algún sentido, más allá del diferente nivel de las aportaciones de un teólogo y del Obispo de Roma). En algunas de las frases de la encíclica es posible reconocer expresiones muy similares del teólogo Ratzinger, incluso del primer Ratzinger de *Introducción al cristianismo* o del «último» de su *Jesús de Nazaret* y también de la primera de sus encíclicas. Sobre el tema concreto de la encíclica J. Ratzinger tiene publicado un libro traducido al castellano (editorial Herder, 1980) titulado: *Escatología. La muerte y la vida eterna*. De ahí un segundo agradecimiento: la coherencia en el pensamiento de una persona, aunque sean diferentes las funciones del teólogo y del pastor. Más allá de esta coherencia importa notar que las funciones pastorales se enriquecen enormemente con una buena base teológica.

En las líneas que siguen ofrezco mi propia recepción de la encíclica. Una recepción no es ni un resumen ni una selección de textos. La recepción implica una dimensión activa por parte del que recibe. Por una parte, una correcta comprensión supone una benevolente atención a lo que se ofrece; exige ir al texto mismo y a sus contenidos. Por otra, al acoger en el propio pensamiento las aportaciones de otro, éstas quedan moduladas por la capacidad, sensibilidad e intereses del pensamiento receptor. Mi escrito, en un primer momento, expresa mi comprensión de la encíclica, ofreciendo sus líneas fundamentales. En un segundo momento iré más allá del texto para hacer una valoración del mismo.

Unas preguntas pueden guiar la encíclica *Spe salvi*: ¿de qué estamos hablando?, ¿qué entendemos por esperanza?, ¿cuál es su motivo, en qué se fundamenta?, ¿cuál es su contenido?, ¿quién es el sujeto de la esperanza?, ¿qué relación hay entre la esperanza cristiana y las esperanzas humanas?, ¿cuáles son los lugares de su ejercicio? Respondamos a estas preguntas.

1. La esperanza, actitud teologal que transforma a la persona

Para san Pablo la fe, la esperanza y la caridad constituyen las dimensiones esenciales de la vida cristiana. Son tres actitudes inseparables que se implican mutuamente. La una siempre presupone las otras dos. Por eso, san Pablo puede decir que la fe nos salva, pero también dice que la caridad es la actitud fundamental del cristiano, sin la cual todo lo demás carece de valor. Y en otros lugares, como en Rm 8,24, afirma que estamos salvados en esperanza.

Este texto de la carta a los romanos es el que da título a la encíclica. La salvación no es un dato hecho, la tenemos en esperanza. Pero no cualquier esperanza, sino una esperanza fiable, que nos hace vivir con la seguridad de que el futuro está plenamente garantizado. De ahí la primera pregunta que se plantea la encíclica: ¿de qué género ha de ser esta esperanza para poder justificar la afirmación de que simplemente porque hay esperanza ya estamos salvados? Respuesta: se trata de una esperanza teologal, o sea, garantizada por un Dios seguro que no puede fallar. Se trata no de un dios cualquiera, sino del Dios que en Jesucristo ha manifestado su amor inquebrantable al ser humano y también su poder sobre la muerte al resucitar a Jesús, mostrando así un camino para todos más allá de la muerte (nº 6). De ahí que la esperanza está estrechamente ligada al tener a Dios consigo (cfr. Ef 2,12), el Dios de Jesucristo.

Una esperanza así, esperanza por medio de la cual ya estamos salvados, cambia totalmente el presente. No sólo porque cuando se conoce el futuro como realidad positiva, el presente se hace más llevadero, sino porque este conocimiento del futuro cambia nuestro modo de vivir (nº 2). Vivir con Dios no es lo mismo que vivir sin Dios. Para ilustrarlo el Papa recurre al caso de Filemón dueño de un esclavo fugitivo llamado Onésimo. Según la legislación de entonces el amo tenía derechos absolutos sobre el esclavo, derechos de vida y de muerte. Pablo quiere hacer caer en la cuenta a Filemón de que el conocimiento del Dios de Jesucristo y, por tanto, el haber sido reconfortado con una esperanza distinta y nueva, comporta también una relación totalmente distinta de la vigente según el estado civil. Según el estado civil los hombres se relacionan como dueños y esclavos. Pero la esperanza cambia el modo de relacionarnos: los hombres, en cuanto miembros de la única Iglesia se han convertido en hermanos y hermanas unos de otros (nº 4). La prueba de que esperamos de verdad es que buscamos anticipar ya lo esperado.

2. La esperanza fundada en la fe que anticipa la vida eterna en nosotros

En Hb 11,1 encontramos una descripción de la fe de gran interés para comprender el fundamento de la esperanza. El Papa se refiere a este texto y lo comenta detalladamente: «la fe es *hypostasis* (garantía) de lo que se espera y *elenchos* (prueba) de lo que no se ve». La novedad del comentario de Benedicto XVI está en que, mientras los documentos anteriores del Magisterio se detenían en la segunda palabra clave del texto (*elenchos*: prueba o argumento), el Papa resalta la primera (*hypostasis*: garantía), consciente de la mayor importancia que tiene. Además, en el comentario a Hb 11,1 aparece la única referencia de la encíclica a Tomás de Aquino¹. Referencia importante, porque sin duda en Tomás encontramos el más acertado comentario teológico a Hb 11,1.

Sto. Tomás interpreta la *hypostasis* del texto griego (en latín *substantia*) por incoación: por la fe se produce en nosotros una anticipación de la vida eterna. El fundamento de la esperanza es la fe. Una fe por la que de manera incipiente ya están presentes en nosotros las realidades que se esperan. «Y precisamente porque la realidad misma ya está presente, esta presencia de lo que vendrá genera también certeza: esta realidad, que ha de venir no es visible aún en el mundo externo (no “aparece”), pero debido a que, como realidad inicial y dinámica, la llevamos dentro de nosotros, nace ya ahora una cierta percepción de la misma”. La fe “nos da ya ahora algo de la realidad esperada”» (nº 7).

El Papa relaciona con acierto el término *hypostasis* (sustancia, garantía) con otros términos similares que se encuentran en el cap. 10 de la carta a los hebreos, concretamente con el término *hyparchonta*, que también puede traducirse como sustancia, y que se refiere a los bienes materiales necesarios para el sustento. Pues bien, en la carta a los hebreos aparece un contraste entre ambas «sustancias» (*hypostasis* e *hyparchonta*): los destinatarios de la carta han sido capaces de renunciar a los bienes terrenales (que les fueron confiscados al convertirse al cristianismo) sabiendo que tenían bienes mejores y permanentes. Renuncian a lo que da «sustancia» a lo terrenal porque tienen la «sustancia» de lo eterno. Pueden soportar el despojo de los bienes porque han encontrado una «base» mejor para su existencia que nadie les puede quitar. La fe otorga a la vida una base nueva, un nuevo fundamento sobre el que el hombre puede apoyarse, de manera que la confianza en los bienes de la tierra queda relativizada (nº 8).

¹ Sobre Hb 11,1, y sobre la lectura teológica de este texto por Sto. Tomás, puede acudir a M. GELABERT: *Para encontrar a Dios. Vida teologal*. San Esteban-Edibesa, Salamanca-Madrid 2002, 143-147.

3. La docta ignorancia sobre la vida eterna

El contenido de la esperanza cristiana es la vida eterna. Cuando hablamos de vida eterna no nos referimos a una vida interminable continuación de la presente, sino a una vida plenamente feliz que sólo es alcanzable en comunión plena con Dios. Ahora bien, no es posible describir el contenido de esta vida eterna. Siempre corremos el riesgo de minusvalorar las posibilidades divinas. El N.T. habla de esta vida a base de imágenes y parábolas. El Papa habla de ella desde «la docta ignorancia»²: «deseamos la vida, la verdadera, la que no se vea afectada ni siquiera por la muerte; pero, al mismo tiempo, no conocemos eso hacia lo que nos sentimos impulsados. No podemos dejar de tender a ello y, sin embargo, sabemos que todo lo que podemos experimentar o realizar no es lo que deseamos. Esta realidad desconocida es la verdadera esperanza» (nº 12), conocida «negativamente, a través de un no-conocimiento» (nº 13).

Hablando de la vida eterna hay una afirmación en la que se diría que el Papa se aproxima a las posiciones de algunos teólogos contemporáneos que describen el cielo en clave dinámica: esta vida plena es un «sumergirse siempre de nuevo en la inmensidad del ser, a la vez que estamos desbordados por la alegría» (nº 12). El Papa no insiste en ello, pero ahí están esas expresiones: siempre de nuevo, desbordados, o sea, en un estado que siempre se renueva, nunca se agota y por eso nos desborda siempre. En todo caso, el lenguaje de la docta ignorancia, propio de los temas escatológicos, tiene también una aplicación al resto de la teología y es un aspecto positivo de la encíclica que merece ser subrayado.

4. Progreso temporal y esperanza cristiana

La esperanza cristiana no es individualista. La salvación es una realidad comunitaria, presupone dejar de estar encerrados en el propio yo (nº 14). Precisamente por eso tiene que ver también con la edificación del mundo (nº 15). El Vaticano II, aunque el Papa no lo cite, recordó este aspecto tan

² La expresión, además de ser el título de un libro de Nicolás de Cusa, se encuentra en una carta de San Agustín a Proba. A esta carta se refiere el Papa. En mi discurso de ingreso en la Real Academia de Doctores de España traté sobre la docta ignorancia: M. GELABERT: *Hablar de salvación en la tierra desde la docta ignorancia*. Real Academia de Doctores, Madrid 2005.

importante de la esperanza: lejos de evadirnos de nuestras responsabilidades terrenas es un motivo más para comprometernos en la edificación de un mundo más justo.

Tras referirse al aspecto comunitario de la esperanza el Papa emprende una larga disquisición sobre la esperanza en el mundo moderno a partir de esta pregunta: ¿cómo ha podido desarrollarse la idea de que el mensaje de Jesús es estrictamente individualista y dirigido sólo al individuo? (nº 16). Respuesta: debido a las nuevas conquistas de la técnica ha cambiado la mentalidad y nos encontramos ante una nueva correlación entre ciencia y praxis que restablece el dominio del hombre sobre la creación (nº 16). Ya no necesitamos de ninguna fe en Dios ni en Jesucristo para conseguir el paraíso terrenal. El reino (evidentemente el reino del hombre, el progreso) es una conquista humana. La fe resulta irrelevante para el mundo y, en todo caso, se sitúa a otro nivel, el de las realidades privadas y ultramundanas (nº 17). Dicho de otro modo: para construir este mundo se basta el hombre sólo; Dios en todo caso es necesario para una hipotética salvación más allá de la muerte. Añádase a esto que gracias a la Revolución francesa y a las luces de la filosofía moderna (la Ilustración) el hombre ha llegado a una madurez en la que la razón y la libertad se han convertido en guías para lograr una «nueva comunidad humana perfecta» (nn. 18 y 19).

Más aún, el avance de la industrialización trajo nuevos problemas; apareció una nueva clase social, el proletariado. Las condiciones de vida de los trabajadores cuestionaron las estructuras de la sociedad burguesa. Esto dio lugar a una nueva revolución, la proletaria, que supuso un nuevo avance en la conciencia y la razón humanas: el progreso ya no viene simplemente de la ciencia, sino de la política (nº 20). Se trata de crear no sólo las condiciones técnicas que pueden mejorar la vida, sino de crear también estructuras, gracias a la política, que logren que tales mejoras beneficien a todos los seres humanos. En el trasfondo de tales ideas están los nombres de Francis Bacon, Kant, Engels y Karl Marx.

Pero lo cierto es que no basta el progreso ni basta cambiar las estructuras. Porque en la mejores estructuras la libertad humana sigue vigente y por tanto su capacidad para el mal. Ese fue el error de Marx, pensar que un cambio de estructuras económicas lograría alcanzar un mundo nuevo. Olvidó que el hombre no es sólo producto de condiciones económicas y no se le cura sólo desde fuera, creando condiciones económicas o políticas favorables (nº 21). Las mejores estructuras no solucionan los grandes problemas existenciales, la soledad, la falta de amor. Más aún, la libertad (que es un bien), unida a

otro bien (la técnica) pueden conducir el máximo mal: pasar de la honda a la superbomba, como bien recordó Adorno y repite el Papa. «Dicho de otro modo, añade Benedicto XVI, la ambigüedad del progreso resulta evidente. Indudablemente ofrece nuevas posibilidades para el bien, pero también abre posibilidades abismales para el mal, posibilidades que antes no existían» (nº 22).

Toda esta reflexión conduce a la convicción creyente de que el progreso y la razón necesitan de la fuerza salvadora de la fe, que permite discernir entre el bien y el mal; de este modo la razón técnica se convierte en «razón realmente humana», que mira más allá de sí misma. El hombre necesita de Dios; de lo contrario se queda sin esperanza, pues «un reino sólo del hombre desemboca en el final perverso de todas las cosas descrito por Kant» (nº 23).

5. La esperanza cristiana sostiene toda la vida

Después de la reflexión sobre a donde nos ha conducido el mundo moderno, el Papa responde a la pregunta citada anteriormente: ¿cómo hemos podido concebir la esperanza de forma individual? Respuesta: «Debemos constatar que el cristianismo moderno, ante los éxitos de la ciencia en la progresiva estructuración del mundo, se ha concentrado en gran parte sólo sobre el individuo y su salvación. Con esto ha reducido el horizonte de su esperanza y no ha reconocido tampoco la grandeza de su cometido» (nº 25). En otras palabras, los cristianos nos hemos dejado contaminar por la ideología del progreso.

No se trata de condenar el progreso, pero sí de dejar claros sus límites. El progreso es un bien, es necesario un empeño constante para mejorar el mundo, pero este mundo del mañana no puede ser el contenido de la esperanza cristiana (nº 30), porque por su naturaleza misma seguirá siendo un mundo imperfecto (nº 31).

Por eso es importante caer en la cuenta de que «no es la ciencia lo que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor». Esto es válido incluso en el plano humano: el amor da nuevo sentido a la existencia. Pero, en el nivel humano, el amor siempre es frágil y temporal. De ahí que «el ser humano necesita un amor incondicionado» (nº 26). Esta es la esperanza cristiana: podemos encontrarnos con Jesucristo, «Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo» (nº 27).

Esta esperanza no descuida a los demás, no es individualista, nos compromete a favor de los demás, porque estar en comunión con Jesucristo nos hace participar en su ser «todo para todos», hace que éste sea nuestro modo de ser (nº 28).

6. Lugares de ejercicio de la esperanza

La última parte de la encíclica se dedica a reflexionar sobre algunos lugares de aprendizaje y ejercicio de la esperanza.

El primero la oración: «Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha» (nº 32). Aunque el Papa prefiere citar a San Agustín, «la oración es un ejercicio del deseo» (nº 33), tampoco hubiera estado mal citar a Sto. Tomás: «la oración es intérprete de la esperanza»³. El Papa aprovecha para notar que la oración, además de hacernos capaces de Dios, nos abre a los demás. La dimensión comunitaria de la esperanza se extiende a la oración.

El segundo lugar de ejercicio de la esperanza es el actuar. Toda actuación seria y recta es esperanza en acto, pues a través de nuestra actuación esperamos lograr algún proyecto, solucionar algún problema, abrir puertas al futuro. Ahora bien, si sólo podemos esperar lo que es efectivamente posible con nuestros medios humanos, nuestra vida se ve abocada pronto a quedar sin esperanza (nº 35). De ahí la pregunta de si queda alguna esperanza más allá de mis frustraciones y de mis posibilidades, dado que los resultados logrados no agotan el deseo y siempre queremos más de lo conseguido.

El sufrimiento es, según el Papa, otro lugar de ejercicio de la esperanza. El Papa comienza reconociendo que hay que hacer todo lo posible por superar el sufrimiento, pero conscientes de que no podemos extirparlo del mundo por completo, debido a la finitud humana y a la libertad (nº 36). ¿Qué hacer ante el sufrimiento y el dolor? Hay sufrimientos que ayudan a madurar a las personas. Pero la respuesta cristiana ante el sufrimiento es que Cristo ha cargado sobre sí todas nuestras dolencias y, en su resurrección, ha abierto un futuro a lo que no tiene futuro. En él se manifiesta la «com-pasión» de Dios por cada ser humano.

El Papa añade algo más, a saber, que la grandeza de la humanidad está determinada por la relación con el que sufre (nº 38). Hacerse presente en el

³ Textos de san Agustín y de sto. Tomás sobre la oración como mediación de la esperanza, en M. GELABERT: *Para encontrar a Dios. Vida teológica*, op. cit., 86-88.

sufrimiento de otro es compartirlo y hacer que quede traspasado por la luz del amor. Por otra parte podemos encontrarnos con situaciones graves, en las que hay que tomar una decisión que prefiere la verdad al bienestar. Esta capacidad de sufrir por la verdad es criterio de humanidad. «No obstante, esta capacidad de sufrir depende del tipo y de la grandeza de la esperanza que llevamos dentro y sobre la que nos basamos» (n° 39).

7. Esperanza en la justicia de Dios

Los últimos números de la encíclica son un comentario teológico a uno de los artículos de la fe: «de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos». El juicio de Dios es la respuesta definitiva frente al sufrimiento y el mal del mundo.

El mal y la injusticia ha sido el gran argumento del ateísmo para negar la existencia de un Dios bueno y todopoderoso. El Papa reconoce que «ante el sufrimiento de este mundo es comprensible la protesta contra Dios». Pero tampoco el mundo, por sí mismo, tiene una respuesta satisfactoria ante el mal. Como muy bien han sabido expresar los pensadores de la Escuela de Frankfurt, a los que el Papa cita, no puede haber justicia sin resurrección de los muertos (n° 42), aunque para estos filósofos la resurrección sea un postulado (lo que tendría que suceder para que hubiera justicia para las víctimas) y no una realidad (pues su filosofía es materialista).

Lo que para estos filósofos es un postulado, para la fe cristiana es una certeza en esperanza: «Dios existe y Dios sabe crear la justicia de un modo que nosotros no somos capaces de concebir y que, sin embargo, podemos intuir en la fe... Por eso la fe en el Juicio final es ante todo y sobre todo esperanza, esa esperanza cuya necesidad se ha hecho evidente precisamente en las convulsiones de los últimos siglos. Estoy convencido de que la cuestión de la justicia es el argumento esencial o, en todo caso, el argumento más fuerte en favor de la fe en la vida eterna» (n. 43).

Esta justicia de Dios, que es pura gracia, no nos exime de nuestra responsabilidad. Ese es otro aspecto del juicio divino. Y en el contexto de la responsabilidad humana hay que situar lo que el Papa dice sobre el infierno y el purgatorio: «la gracia no excluye la justicia. No convierte la injusticia en derecho» (n° 44). La imagen de un banquete, en el que las víctimas se sienten con los verdugos, como si nada hubiera pasado, no se corresponde bien con lo que es la gracia y el amor de Dios. Y, aunque en este terreno no podemos

hacer afirmaciones absolutas ni matemáticas, no cabe duda de que, a la vista de tantos infiernos intrahistóricos y tanta violencia destructiva, tenemos que dejar abierta la posibilidad —insisto, la posibilidad, no se trata de la necesaria afirmación de una realidad— de que algunos se encuentren con lo que han estado siempre buscando. Casi dan ganas de poner nombres a la alusión que se hace en el número 45 de la encíclica: «en nuestra propia historia podemos distinguir con horror figuras de este tipo». El infierno es una posibilidad real y, sobre todo, una seria advertencia contra aquellos que han estado toda su vida coqueteando con el odio y la destrucción.

Con el purgatorio se trata de otra cosa: «en gran parte de los hombres queda en lo más profundo de su ser una última apertura interior a la verdad, al amor a Dios... empañada con nuevos compromisos con el mal» (n° 46). El purgatorio es la consoladora verdad del matiz: ni somos tan buenos como a veces nos imaginamos, ni tan malos como otros suponen de nosotros. Para explicar la necesaria purificación que implica todo encuentro con el Señor («los limpios de corazón» son los que pueden ver a Dios, dice Jesús), el Papa asume las perspectivas de algunos teólogos contemporáneos: el purgatorio no hay que entenderlo como lugar de tristeza y penalidad, sino como un ser purificado en el encuentro con el Señor. Una purificación bienaventurada, gracias al poder del amor, que nos permite ser por fin totalmente nosotros mismos y, con ello, totalmente de Dios. El purgatorio no es una situación intermedia entre el cielo y el infierno, sino más bien una introducción purificatoria para el cielo. El purgatorio es la antesala del cielo. Pero en esta antesala ya nos recibe Dios.

8. María, estrella de la esperanza

Como suele ser habitual en este tipo de documentos, la encíclica acaba con una referencia a María. En este caso parece oportuno referirse a ella como estrella de la esperanza que nos orienta a Jesucristo, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. En este último número de la encíclica hay alguna insinuación interesante sobre la nueva familia que Jesús ha venido a instituir mediante la fe. María forma parte de esta nueva familia de los discípulos, más allá de los lazos de la carne, que serían secundarios en relación a lo verdaderamente importante que es estar unido a Cristo por la fe.

9. Valoraciones y observaciones

Hasta ahora he procurado evitar cualquier tipo de discusión con el texto. Me he dejado interpelar y he traducido a mi manera la doctrina que me parece esencial de la *Spe salvi*. Doctrina que, a mi modo de ver, no debería representar mayor problema para los creyentes. Ahora, fijándome en el texto de Benedicto XVI, pero sin ceñirme tanto a su letra, voy a hacer algunas observaciones y valoraciones finales.

1. Mi primera observación puede parecer una obviedad, pero me temo que según lo que se busque en la encíclica puede pasar desapercibido lo más fundamental, la clave para entender todo lo que en ella se dice. Cuando el Papa habla de esperanza se refiere siempre a ella como actitud teologal. La esperanza cristiana tiene a Dios como contenido y motivo. Sin tener esto en cuenta no hay modo de entender, en su justo sentido, las críticas, observaciones, valoraciones y hasta aprobaciones que Benedicto XVI hace del pensamiento y cultura modernos.

2. Una buena recepción y valoración teológica de la encíclica debería distinguir lo que es doctrina explicativa de la fe de la Iglesia de otras consideraciones teológicas, históricas y filosóficas. Estas consideraciones se prestan a discusiones y valoraciones que se sitúan a un nivel muy distinto del de un desacuerdo con el Magisterio (en todo caso siempre se trataría de desacuerdos con el Magisterio ordinario). Así, por ejemplo, las por otra parte interesantes reflexiones sobre Francis Bacon, Kant, Marx o los filósofos de la escuela de Frankfurt, y su valoración de la Revolución francesa, pueden y deben discutirse a nivel filosófico o histórico, sin que por eso la doctrina de la encíclica quede cuestionada lo más mínimo. De hecho, ya he dicho en mi introducción que hay que agradecer a Benedicto XVI este estilo suyo que se dirige a cristianos adultos y que va más allá de consideraciones o rechazos generales para entrar en una discusión seria con autores, corrientes y posturas relevantes que, de una u otra manera, influyen en la comprensión actual de la fe y de sus explicaciones doctrinales.

Benedicto XVI es fino en sus análisis y sabe, de entrada, reconocer lo valioso de los autores con los que dialoga. Así, por ejemplo al final del n° 19 cita con simpatía un texto de Kant sobre el posible final perverso de todas las cosas en caso de que el cristianismo desapareciera; de nuevo puede sorprender, como ya ocurriera con *Deus caritas est* el reconocimiento del

vigor intelectual de Karl Marx, su «precisión puntual», su «gran capacidad analítica» (nº 20); todo eso sin dejar de reconocer sus errores materialistas (nº 21); también cita positivamente al Dostoievski de *Los hermanos Karamazov*, así como a Max Horkheimer y Theodor W. Adorno.

Ahora bien, en la medida en que Benedicto XVI entra en análisis filosóficos, históricos o incluso teológicos, sus análisis se prestan a ser discutidos, matizados o incluso a no ser compartidos. Es posible que el trasfondo que subyace en la encíclica sobre lo negativo del ateísmo, sobre todo aislado de la intención que tiene en el escrito papal, no sea compartido por todos: ¿no es posible construir un mundo sin Dios? ¿Sin Dios todo lo que el ser humano hace está abocado al fracaso o a la ruina? ¿Las realidades terrenas no tienen su propia autonomía y su propia bondad, consistencia y verdad (*Gaudium et Spes*, 36)? Cosa distinta es la interpretación creyente de esa bondad y autonomía de lo creado pero, de entrada, hay que afirmarla sin miedo y aceptar que un mundo sin Dios tiene su lógica, su coherencia racional suficiente y hasta su sentido.

También es posible que algunos entiendan que el Papa culpabiliza a la filosofía y al mundo moderno de haber conducido a la cristiandad a convertir la salvación en algo privado, y no compartan este diagnóstico. Puede pensarse que la modernidad ganó la partida a las religiones en la toma de conciencia de la importancia de lo social, lo colectivo y lo ecológico, e hizo el trabajo que nosotros no quisimos hacer al unir nuestro mensaje a una forma de organizar la sociedad periclitada. La culpa no siempre la tienen otros y, menos, en esta cuestión, como digo en el siguiente punto.

3. En efecto, la encíclica, en el nº 16, explica la individualización de la esperanza cristiana en función de la aparición del método científico, con su pretensión utópica de «redimir» al mundo, ejemplificado en la figura de Bacon. A mi entender este análisis puede matizarse. No hay que olvidar que más de un siglo antes la célebre *Imitación de Cristo* (de Tomás de Kempis) es una llamada a ese intimismo privatizador de la experiencia religiosa. Ciertamente, Kempis escribe en un contexto monástico, pero su *Imitación* ha sido la obra cristiana más editada de la historia después de la Biblia. Y ha sido moneda común en nuestra tradición acentuar la salvación del alma propia que, ciertamente es decisiva, pero oscurece ese aspecto «performante» de la esperanza del que habla Benedicto XVI. Más aún, toda la tradición occidental conoce la opinión de Agustín, que dio pie a largas discusiones y matizaciones por parte de los teólogos posteriores: la esperanza es solamente de lo que

nos atañe a nosotros mismos⁴. Ha sido la teología moderna la que ha puesto de relieve la dimensión comunitaria de la esperanza, como bien reconoce el Papa citando, entre otros posibles, a H. de Lubac (nº 14). El Concilio Vaticano II ha recalcado la dimensión comunitaria y eclesial de la esperanza en el capítulo séptimo de la *Lumen Gentium*.

4. Son de alabar y son estimulantes para la labor teológica las referencias que hace el Papa a diversos teólogos contemporáneos, unas veces de forma explícita, como en el caso de H. de Lubac y otras de forma genérica. Así en el nº 47 habla de «algunos teólogos recientes», cuyas doctrinas sobre el purgatorio asume (posiblemente Hans Urs von Balthasar y también Ladislaus Boros). Por otra parte la teología que subyace a sus afirmaciones escatológicas ya la había expuesto tanto el teólogo Joseph Ratzinger como el Cardenal Ratzinger en su calidad de Prefecto de la Congregación de la Fe. Esta teología es legítima, con sus referencias al estado intermedio y al «alma» (en el nº 48 se llega a hablar de «comunidad de las almas», supongo que queriendo exceptuar la «humanidad» glorificada de Jesucristo y de la Virgen María), pero no es la única posible. Más aún, la base bíblica de algunas de las afirmaciones escatológicas de la encíclica es un tanto acomodaticia. En el nº 46 se cita el texto de 1 Co 3,12-15 para apoyar bíblicamente el purgatorio. Es una referencia clásica, sin duda, pero muchos buenos teólogos consideran que intentar deducir de ahí el tema del purgatorio es forzar un poco el texto. Por otra parte, la parábola de Epulón y Lázaro, de la que se habla en los números 44 y 45, sacada como indica Benedicto XVI, de la imaginación judía, se refiere al estado intermedio, cosa que el Papa aprovecha para hacer una transición poco clara al purgatorio, si bien reconoce que no puede «examinar el complicado proceso histórico de este desarrollo».

Me parecen adecuadas las referencias a la no temporalidad del «mundo futuro», al hecho de que no podemos aplicarle medidas cronométricas (nº 47). No es ahí donde, a mi modo de ver, hay que buscar situaciones intermedias entre la muerte y la parusía, sino en el hecho, ya notado por Ratzinger, en su libro *Escatología*, de la espera por parte de los bienaventurados de una comunión plena con la Iglesia peregrinante que, evidentemente, desde nuestro punto de vista, todavía no tienen en plenitud.

Con todo esto quiero decir que estos temas escatológicos siguen siendo discutidos en teología y que ahí, más que en otras cuestiones, es

⁴ *Enchiridion*, cap. 8, n. 3. Cfr. mi artículo «Esperanza», en *Diccionario de Teología* (dirigido por C. Izquierdo), Eunsa, Pamplona 2006, 320.

necesario no confundir la fe de la Iglesia en la vida eterna con determinadas teologías sobre los «lugares» escatológicos. Es lógico que el Magisterio use una determinada teología, pero una cosa es la fe de la Iglesia y otras las explicaciones teológicas de esa fe, incluso las que en un momento dado son las preferidas del Magisterio.

5. En la encíclica no está todo lo que puede decirse sobre la esperanza, pero lo que hay es bueno. Yo no soy partidario de criticar a alguien por lo que no dice, a no ser que con este no decir esté precisamente diciendo algo. Ya se sabe que hay silencios más elocuentes que las palabras. No es este el caso de Benedicto XVI, por supuesto, ya que en su Magisterio hay sobradas muestras de su preocupación por los temas a los que a continuación me refiero. Pero dicho esto, voy a permitirme hacer alguna observación sobre «otras cosas» que podrían haberse dicho, dada la relación que tienen con la teología de la esperanza.

En la encíclica no hay referencias al diálogo con otras religiones. Precisamente en estos temas sobre esperanza y escatología es posible un acercamiento mayor que en otras cuestiones. En el *Corán*, por ejemplo, hay una serie de imágenes escatológicas similares a las bíblicas que podrían servir de primer punto de encuentro en el diálogo interreligioso.

Otra observación se refiere a los graves problemas que hoy se le plantean al planeta tierra y a sus habitantes, tanto de tipo ecológico como político, en los que está en juego la supervivencia de la vida humana. El Vaticano II insistió en que la esperanza cristiana no sólo no era una evasión de las responsabilidades presentes, sino un motivo más para comprometernos en la construcción de una sociedad más justa y humana. En la encíclica hay alusiones al respecto; la cuestión es si no hubiera sido bueno insistir y concretar algo más.

La Iglesia como lugar privilegiado de la esperanza transformante es un tercer tema que hubiera podido encontrar sitio en la encíclica. Para los cristianos la esperanza se ha hecho realidad en Cristo (1Tim 1,1). Pero ahora Cristo se hace presente por su Espíritu en la Iglesia. La esperanza tiene que ver con un futuro más allá de la historia, en el que Dios será la realidad que todo lo determine y en el que el Reino alcanzará su plenitud. Pero este futuro utópico es ya una «topía», algo que tiene lugar en la historia, y que la Iglesia, como sacramento de Cristo y de su Reino, manifiesta y al mismo tiempo realiza, haciendo así presentes los bienes esperados (Gal 5,5).

6. Algunas indicaciones de la encíclica son un estímulo para la labor teológica: la mutua necesidad de la fe y la razón, y el papel crítico y corrector de la fe ante una razón que se quiere instancia única y última de todo lo real. Si la fe necesita de la razón, no es menos cierto que la fe también amplía el horizonte de la racionalidad. Este es uno de los temas sobre los que más ha insistido el magisterio de Benedicto XVI y es bueno ahora recordar su importancia y su presencia en la encíclica. Otra relativa novedad, también estimulante, es el recurso a la docta ignorancia en los temas que tienen que ver con la esperanza y, en general, con toda la teología. Este recurso nos hace autocríticos y creíbles.

En la encíclica aparecen cuestiones teológicas serias que no pretende resolver el Papa. Una encíclica tampoco es el lugar para hacerlo. Es más bien tarea de los teólogos. Estoy pensando en la relación entre justicia y gracia (nº 47). Plantear la relación de Dios con el ser humano desde este binomio ha dado lugar, en la historia de la teología, a planteamientos en los que parecía que se trataba de terminar el alcance de cada uno de estos campos, el de justicia y el de gracia. En esta determinación la gracia parecía quedar peor parada. Es importante notar lo delicado y serio del asunto para evitar recaídas en antiguos planteamientos o malas interpretaciones. En todo caso, la correcta intelección de la relación divino-humana debe tener en cuenta que, según el testimonio neotestamentario, Dios manifiesta su justicia perdonando: «a quién no conoció pecado, Dios le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él» (2Co 5,21). Y debe tener también en cuenta el papel de la libertad humana. La gracia nunca actúa contra la libertad, sino a través de ella.

7. Otra relativa novedad, que puede resultar un estímulo a la hora de hacer teología, es el recurso a la biografía teológica. El Papa reflexiona sobre la experiencia de Josefina Bakhita para manifestar en lo concreto de una vida lo que significa «recibir esperanza» (nº 3). Sin duda es posible realizar otras lecturas de esta y de todas las biografías (el hecho de que la antigua esclava africana no quisiera volver a Sudán porque en la Italia del siglo XIX ha encontrado otro «amo» puede recibir distintas explicaciones). Pero no cabe duda de que Dios se sirve precisamente de las causas segundas y de los acontecimientos de la vida para santificar a las personas. También el Pontífice recurre al testimonio del mártir vietnamita Pablo Le-Bao-Thin (fallecido en 1857) con el objetivo de resaltar la «transformación del sufrimiento mediante la fuerza de la esperanza que proviene de la fe» (nº 37). Estas y otras historias

son anticipaciones importantes del Reino que ya está en medio de nosotros, que tanto nos atrae y que esperamos poseer un día en plenitud. Reino que viene sobre el mundo con el don del Espíritu del Resucitado y que nos configura con su santidad. La biografía teológica, empleada con moderación, puede ser una buena confirmación de la fuerza de la fe y sus explicaciones teológicas. Su utilización en teología debería ser más frecuente.

8. He buscado una recepción activa de la encíclica, más allá de fáciles aplausos y de no menos fáciles y simplificadores titulares. Mi opinión personal es que se trata de un buen texto. A mi me satisface esta línea que ha emprendido Benedicto XVI en sus encíclicas: primero sobre la caridad, ahora sobre la esperanza y, uno lo adivina y a lo mejor acierta, dentro de un año sobre la fe. Esta trilogía teologal, la santa triada como la denominaba Clemente de Alejandría, recapitula lo mejor y lo más importante de la vida cristiana. Es la respuesta humana, la actitud adecuada al don de Dios como Palabra, como Promesa y como Amor. Recordarlo sólo puede redundar en bien de la Iglesia y de la vida cristiana.

Sumario: 1. La esperanza, actitud teologal que transforma a la persona; 2. La esperanza fundada en la fe que anticipa la vida eterna en nosotros; 3. La docta ignorancia sobre la vida eterna; 4. Progreso temporal y esperanza cristiana; 5. La esperanza cristiana sostiene toda la vida; 6. Lugares de ejercicio de la esperanza; 7. Esperanza en la justicia de Dios; 8. María, estrella de la esperanza; 9. Valoraciones y observaciones.